

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

Reivindicar nuestros derechos

“Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres.”
Filipenses 4:5

“El siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos.”
2 Timoteo 2:24

“Que a nadie difamen, que no sean pendencieros, sino amables, mostrando toda mansedumbre para con todos los hombres.”
Tito 3:2

La Palabra de Dios nos exhorta a la mansedumbre y a la modestia para con todos los hombres. La mansedumbre es el carácter de un hombre que no insiste en hacer valer sus derechos.

¿Cuántas veces tomamos demasiado interés por el más mínimo de nuestros derechos en distintas circunstancias de nuestra vida? No hay nada más difícil para nuestra naturaleza pecaminosa que aceptar un perjuicio y soportar una injusticia. Generalmente, poca cosa basta para que nazcan en nuestros corazones malos pensamientos y aun la ira. Cuando se nos perjudica, la mansedumbre, la humildad y el amor parecen desvanecerse para dar lugar a malos sentimientos y a palabras duras y ofensivas. Esto es un poco de

aquella levadura que hace fermentar toda la masa. Tal es nuestra mala naturaleza, cuando en la vida diaria nos olvidamos de que el viejo hombre ha muerto en la cruz.

Dios había dado la ley a su pueblo, fijando los derechos de los hombres. Las naciones también han establecido leyes, las cuales en los países cristianizados en cierta manera se basan en la ley de Dios. Éstas fijan las obligaciones de los hombres entre sí. Pero el corazón malo y egoísta del hombre desobedece a estas obligaciones buscando su propio provecho. Como consecuencia, se producen las rebeldías, las disputas, los crímenes y las guerras.

Los mandamientos de la ley de Dios estipulaban que, por cada perjuicio ocasionado, se podía exigir una compensación: “ojo por ojo, diente por diente”, sin que por esto se tuviera necesariamente que perdonar al causante. No obstante, el hecho de que los perjuicios causados debían ser reparados, no excluía el amor al prójimo, pues la ley decía: “No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Levítico 19:18). Esta era la que en la Palabra se llama la ley de Moisés. Ahora bien, leemos: “La ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Juan 1:17). Vemos que la gracia contrasta con la ley, no solamente cuando se trata de las relaciones entre los hombres y Dios, sino también de las de los hombres entre sí. Somos llamados a manifestar gracia los unos hacia los otros, como Dios hace con nosotros, y en la misma medida; también somos llamados a ser imitadores de Aquel que es bueno (Mateo 19:17).

En la parábola del rey que, movido a misericordia, perdonó a uno de sus siervos una deuda de diez mil talentos, vemos

la enseñanza que el Señor da a sus discípulos: el que había sido perdonado reivindicaba sus derechos, exigiendo de uno de sus conserivos el pago de la ínfima cantidad de cien denarios que éste le debía (Mateo 18:23-28). ¡Cuán lejos estamos del ejemplo que Dios nos da, cuando se trata de no insistir en nuestros derechos, de soportar una ofensa o de manifestar la gracia que deberíamos poseer! Somos propensos a ignorar las exhortaciones de la Palabra, cuando tocan a nuestros intereses y a nuestra manera de actuar. Incluso se nos ocurre a veces adaptar su significado a nuestras conveniencias. Con todo, la Palabra es muy clara y sus instrucciones son sencillas; nos juzgan en nuestro egoísmo y deberían ejercitarnos en cuanto a nuestras relaciones con los hermanos y con todos los hombres.

El Señor dijo: “Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: ... A cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa”. “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos...” (Mateo 5:38-48). Pedro preguntó: “Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete?”. “Hasta setenta veces siete”, le contestó el Señor (Mateo 18:21-22). Todos estos pasajes nos enseñan que no debemos insistir en nuestros derechos. Es conveniente que nos humillemos al meditar estas exhortaciones. ¿De qué manera las llevamos a la práctica? Muchas veces merecemos los reproches que el apóstol Pablo hace a los Corintios: “¿Osa alguno de vosotros, cuando tiene algo contra otro, ir a juicio delante de los injustos, y no delante de los santos?” (1 Corintios 6:1). “Por cierto es ya una falta en vosotros que tengáis pleitos entre

vosotros mismos... ¿Por qué no sufrís más bien el ser defraudados?” (v. 7). Igualmente nos reprende lo que dice a los Gálatas: “Si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os consumáis unos a otros” (Gálatas 5:15).

No obstante, lo que debe conmover mucho más nuestros corazones, es el hecho de que el Señor lo abandonó todo por nosotros. Se hizo pobre, para que por su pobreza fuésemos enriquecidos. Él, por medio de Quien y para Quien fueron creadas todas las cosas, el Señor de señores, no hizo valer ninguno de sus derechos; no hizo nada para sí mismo; todo lo hizo por los otros. No vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por nosotros. ¡Contemplémoslo en su humillación! En ella brilla la gloria de su gracia, la cual vemos ilustrada de un modo precioso, cuando quitándose el manto, se ciñó una toalla para servir a los suyos y les lavó los pies (Juan 13:1-16). Meditemos en lo que les dijo entonces: “El siervo no es mayor que su señor”, y acordémonos de estas palabras siempre que queramos reivindicar nuestros derechos.

M. Koechlin

PARA TODOS



Se suscribe escribiendo a:

Librería Bíblica Betania
A.A. 260007, Cra. 20 # 17-73 Sur
Bogotá, Colombia, tel. 366 10 81

Impreso en Colombia. Publicación mensual
© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza)

“**PARA TODOS**” tiene como objeto ayudar al creyente en su vida cristiana por medio de ejemplos prácticos sacados de la Escritura, la cual es “inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16).

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).